

UN MODELO DE ANÁLISIS PARA EL ESTUDIO DEL ENCIERRO: INTERACCIONISMO SIMBÓLICO ESPACIALIZADO

A MODEL OF ANALYSIS FOR THE STUDY OF CONFINEMENT: SPATIALIZED SYMBOLIC INTERACTIONISM

MARTHA IVETT PÉREZ PÉREZ*

RESUMEN

El objetivo de este artículo es proponer un modelo antropológico de análisis teórico para el estudio de los *espacios de encierro* y sus representaciones sociales. Se parte de la idea de ver al encierro como una construcción sociocultural de una situación de alejamiento físico y social que genera diversas maneras de concebirlo y representarlo. Esta propuesta consta de dos partes. Por un lado, con la construcción de categorías tales como encierro *institucionalizado*, encierro *vivido* y *representaciones socioespaciales del encierro*, *representaciones institucionalizadas* y *representaciones objetivadas*, se pretende caracterizar el encierro experimentado en una institución social para adultos mayores y la determinación que ejercen las representaciones sociales sobre él y viceversa. Por otro lado, el enfoque que he denominado *interaccionismo simbólico espacializado* centra la atención en la interacción que los sujetos seniles establecen con otros actores y con el espacio, generando así imágenes, referentes, significados y sentidos atribuidos a su realidad social inmediata.

* Maestra en Antropología Social por la BUAP. Sus líneas de investigación giran en torno al espacio, el encierro y las instituciones sociales. Miembro del equipo académico de investigación "Espacios, Territorios, Lugares y Procesos Socioculturales".

PALABRAS CLAVE: *espacio de encierro*, *representaciones sociales*, *vejez*, *cuerpo*, *institución social*.

ABSTRACT

The article's objective is to propose an anthropological model of theoretical analysis for the studying the confinement spaces and its social representations. On basis of, contemplating the confinement as a sociocultural construction on isolation of physical and social remoteness that generates various ways to conceive and represent it. This purpose consists in two parts. On one hand, with the construction of categories such as: institutionalized confinement; lived confinement and socio-spatial representations of confinement; institutionalized and objectified representations; it is aim to characterize the confinement in a social experienced institution for older adults as well as to characterize the determination that social representations serve in it and vice versa. On the other hand, the approach that I have called specialized symbolic interactionism focus on the interaction that senile people establish with others spaces and community. This generates images, concerning, senses and meanings attributed to their immediate social reality.

KEY-WORDS: *Confinement space, Social representations, Senile, Body, Social institution.*

Introducción

Todas las sociedades se han visto en la necesidad de crear lugares o instituciones sociales que sirvan como medios reguladores, de castigo, sanación, educación, refugio,

cuidado, residencia y aislamiento. La invención de instituciones sociales tienen un factor común: la permanencia —temporal o definitiva— del individuo en un determinado lugar. Dicha estancia en la institución social conlleva además a otra característica importante: el control o regulación en el interior del lugar. Por lo que, tanto el encierro¹ como el control al interior de este, son dos de los elementos base para entender estos lugares especializados.

Conforme las necesidades sociales, culturales, económicas y hasta políticas, la creación de diversos tipos de instituciones versaron desde cárceles, hospitales psiquiátricos, escuelas, conventos, asilos, etcétera, respondiendo cada vez a situaciones surgidas de problemáticas sociales específicas y como formas de resolver estos requerimientos. En este sentido, cada uno de estos “espacios especializados” permiten hablar y entender sobre la sociedad en la que se han conformado, generando una dialéctica entre institucio-

1. Existen distintas conceptualizaciones del “encierro”, desde uno más riguroso como lo es la reclusión en una cárcel o un hospital psiquiátrico hasta un encierro más “intimo” y consensuado como el que experimenta una ama de casa, un niño en una casa hogar, un joven en la escuela o un adulto mayor en un asilo. Es por ello que la noción de “encierro” representa y contiene una complejidad en cuanto a su connotación y a los distintos matices que conlleva y requiere cada tipo de espacio, así hablar de encierro no refiere únicamente a una obligación, castigo o abandono sino también a una estadía en este tipo de espacios por elección y con tintes “flexibles”, como salidas ocasionales y una permanencia con comodidades y privilegios. Sin embargo, no debe perderse de vista que cualquier tipo de encierro representa un alejamiento socioespacial con respecto a un “afuera” ya sea en mayor o menor medida.

nes y sus sociedades creadoras. Es decir, las instituciones son de cierta forma el reflejo de estas últimas, ya que podemos considerarlas como microespacios donde se desarrolla la vida social a menor escala.²

Para el caso mexicano, ciertas instituciones han estado en relación con la ayuda social, la caridad, beneficencia, asistencia y seguridad social. Tal es el caso de las fundaciones o patronatos que brindan atención social a ciertos grupos vulnerables como mujeres, enfermos mentales, vagabundos, niños y ancianos; lo que conlleva distintos tipos de establecimientos institucionales con matices de encierro de acuerdo a objetivos, diseños arquitectónicos, servicios brindados, políticas institucionales, entre otras características.

Y es justamente este último grupo social, los adultos mayores, en quienes se centra la institución que sirvió de base para este trabajo. La Fundación Gabriel Pastor,³ inaugurada el 15 de julio de 1956 en la ciudad de Puebla con el objetivo de ser una “casa hogar para ancianos desvalidos”,⁴ ha tenido gran presencia en la memoria poblana como una institución que brinda apoyo y protección a las personas de la tercera edad, actualmente coordinada por un Patronato que funge como responsable de su administración y servicio. Inicialmente el servicio prestado era gratuito pero con el paso del tiempo se han visto en la necesidad de solicitar pagos mensuales para la estancia de los residentes, por lo que existen tres distintas cuotas que determinan la ubicación espacial y algunos servicios.

2. En este sentido Erving Goffman plantea la microsociología para el estudio de unidades mínimas de interacción con la intención de centrarse en pequeñas unidades sociales.

3. Será abreviada como FGP.

4. Dato recuperado de la página web <http://www.fundaciongabrielpastor.org/>

La FGP es un espacio institucionalizado que representa un tipo de encierro con características propias de sus sujetos, su función y finalidad. El encierro es adaptado, asumido y también resistido por los actores de la tercera edad quienes, teniendo un hogar deben abandonarlo por diversas causas (por necesidad de atención y cuidado especializado, por enfermedad, por el peligro para sí mismos, por carencia de familiares que puedan hacerse cargo de ellos, etcétera), mientras que a la institución la conciben de diferentes maneras dependiendo de factores como la edad, la condición física o corporal, el estatus socioeconómico, el género, etcétera, pero esas representaciones del encierro *vivido* forman parte de lo que se abordó en esta investigación.

El encierro como concepto analítico

El interés por hablar sobre encierro radica en dos cuestiones: a) debido al surgimiento de numerosas instituciones sociales de diferentes índoles (para el cuidado, la reclusión, la formación, el abandono, el ocio, la educación, el trabajo, etcétera) ha proliferado en las últimas décadas por lo que es necesario estudiarlas, conocerlas y reflexionarlas; b) debido a esto, las personas que están relacionadas de alguna manera con estos espacios institucionalizados desarrollan, en distintos grados, su vida social en un contexto de encierro y es necesario entender cómo este encierro impacta sus vidas cotidianas, sus relaciones sociales y la manera en cómo construyen su realidad.

Pero, ¿qué es el encierro? ¿Por qué cuando se habla de encierro se relaciona con una situación perturbadora, peligrosa, alarmante, angustiada, temible, incómoda y sumamente inquietante? Todo ello tiene que ver con las propias representaciones que la sociedad ha generado sobre esta noción. La sobregeneralización del concepto de “encierro” es un problema que reside en el uso que comúnmente se da a un escenario como si refiriera a una sola noción. Por ello, se pide al lector no inferir en la idea de una reclusión de tipo carcelario o un cautiverio obligado dentro de un determinado espacio físico, ya que son las representaciones sociales de espacios como la prisión y los hospitales psiquiátricos las que dominan estos referentes. Así, el tratamiento epistemológico que se dará a la noción de encierro en esta investigación no es aludiendo a una situación física de confinamiento anclada a un espacio físico, por lo menos no como única y principal característica, sino como una construcción sociocultural de elementos interconectados, es decir a un nivel de estructura mental que genera un pensamiento y que regula comportamientos. De tal manera caracterizamos al encierro: a) en primer lugar, para caracterizar a un espacio como encierro es necesaria la existencia del “control” en todos los ámbitos; b) se presenta una pérdida, total o gradual, de la autonomía entendida como facultad más no únicamente de libertad. Esto conlleva a una disminución para controlar y decidir, por parte del interno, sobre su vida cotidiana; c) se interioriza una estructura o *habitus* del encierro que es expresado en una ideología; d) existe una regulación de tiempos, espacios y prácticas; e) hay un alejamiento social que en consecuencia genera modificaciones de estatus por

ingresar a otro espacio social, de tal manera, se entra siendo doctor para convertirse en residente. De tal forma que el encierro estigmatiza a sus sujetos: internos, desviados, vulnerables, necesitados, peligrosos, etcétera; f) se crea una marcada distinción entre un afuera y un adentro; g) en consecuencia, el encierro se siente, se vive, se experimenta y se interpreta por el sujeto logrando ser objetivado en el cuerpo; h) al interior de un espacio de encierro se construyen “saberes” reflejados en técnicas y conocimientos especializado (doctores, enfermeras, geriatras) que sirven tanto para la disciplina y el control, como para el cuerpo senil.

Es así que el encierro es usado como una categoría analítica para poder estudiar espacios institucionalizados en donde se observan elementos y características del encierro con diferentes matices y grados de interiorización. A partir de esto se pueden concebir modalidades de espacios institucionalizados o tipos de encierro, desde uno más riguroso como el que una prisión u hospital psiquiátrico puede generar hasta el que produce una casa hogar para niños huérfanos o una casa de retiro para adultos mayores.

Las instituciones sociales a través de diferentes categorías analíticas

La manera en cómo se han estudiado las instituciones sociales han versado en torno a las investigaciones de determinados autores y sus conceptos, y aunque estos han surgido en disciplinas específicas cabe señalar que el uso de sus enfoques y nociones no siempre los ha limitado a una sola ciencia. Tal es el caso de algunos conceptos como: *ambiente socio-físico*

(década de 1960), *institución total* (Goffman, 1961), *organismos socializadores* (Berger y Luckmann, 1966), *instituciones disciplinarias e instituciones reguladoras* (Foucault, 1975-1976) y *sistemas expertos* (Giddens, 1994).

El ambiente socio-físico. La psicología ambiental ha centrado su objetivo en la interacción individuo-medio estudiando el comportamiento del hombre y su influencia sobre el contexto físico y social, por lo que sus intereses han pretendido dar respuesta a dos preguntas que constituyen dos caras de una misma moneda: ¿en qué medida el comportamiento humano incide sobre aspectos decisivos del medio ambiente, ya sea natural o construido?, y ¿en qué medida el medio ambiente, tal y como está siendo configurado, influye sobre comportamiento humano?

Instituciones totales. El sociólogo canadiense Erving Goffman (1922-1982) realizó estudios sobre unidades mínimas de interacción, lo que se conoce como microsociología, centrándose en procesos de interacción cara a cara en grupos reducidos. Su enfoque se centra en el interaccionismo simbólico, es decir, los significados y símbolos que influyen sobre la acción y la interacción de los individuos. Es en su obra *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales* (1961), donde a partir de la clasificación de ciertos espacios cerrados acuña el concepto de *institución total*, caracterizándolas como totalitarias en las que se comparte un espacio delimitado junto con tiempos e interacciones controladas de ahí el término totalizador ya que “proporciona en cierto modo un mundo propio” (2001: 17).

Organismos socializadores. Cuando Peter L. Berger y Thomas Luckmann hablan de

institucionalización en su libro *La construcción social de la realidad* (1966), se refieren a una concepción más amplia que la usada en la sociología contemporánea (con instituciones sociales espacializadas), con la finalidad de analizar los procesos sociales básicos. Así, parten de la institucionalización para hablar sobre las formas en que se construyen las realidades sociales mediante la aprehensión tanto de una primera socialización (en la familia) como de una secundaria que es internalizada a partir de otros organismos socializadores o instituciones sociales como lo pueden ser la escuela o algún otro entorno social.

Instituciones disciplinarias e instituciones reguladoras. Michel Foucault analiza una institución social (la prisión), su relación con el poder y el que se ejerce sobre los cuerpos. A lo largo de sus obras plantea la existencia de dos tecnologías de poder, superpuestas y desfasadas cronológicamente. En primer lugar, las *instituciones disciplinarias* hacían uso de mecanismos de poder sobre el cuerpo individual como el adiestramiento y la vigilancia, lo que marcó el surgimiento de instituciones como la escuela, la cárcel, el hospital, el cuartel, el taller, etcétera. Posteriormente, con las *instituciones reguladoras* tomó en cuenta fenómenos globales que hacen referencia a la biopolítica, la cual se aplica a la vida de los hombres, es decir, a “procesos de conjunto” como el nacimiento, al vida, la enfermedad y la muerte.

Sistemas expertos. El concepto fue propuesto por el sociólogo británico Anthony Giddens (1994) y readaptado en la antropología por el equipo encabezado por Francisco Cruces, Honorio Velasco y Ángel Díaz de Rada para referir a ciertas instituciones o “modalidades modernas de organización

del trabajo [que solo] se hace accesible al público en lugares delimitados y acotados” (Cruces, et. al., 2003: 79). Analizaron las relaciones que los sujetos mantienen *en y con* las instituciones, revelando tensiones y estrategias de los agentes ejemplificadas en lugares tales como aeropuertos, hospitales, oficinas públicas, entidades bancarias, ayuntamientos municipales rurales y un consejo de participación ciudadana, con la finalidad de registrar los múltiples sentidos de la confianza que generan los diferentes participantes negociando o intercambiando servicios por una atención que se pretende sea satisfactoria y con un “buen trato”.

Los anteriores conceptos abren un panorama sobre algunas maneras de analizar a las instituciones, ciertas características y referencias históricas que se deben contemplar. Parte de lo que interesa recalcar es la perspectiva de la biopolítica que expone Michel Foucault (2000), ya que para el caso de una institución social que alberga a una comunidad senil, retomar aspectos que vinculan una serie de relaciones entre cuerpo-organismo-disciplina-institución permitirán poner sobre la mesa elementos que son necesario tomar en cuenta, tales como la salud-enfermedad-mortandad y junto con variables bio-psico-sociales. Por lo que entender a los organismos de asistencia como campos de intervención de la biopolítica permite ver a estas instituciones sociales como mecanismos globales que resuelven tanto un problema político, como biológico y de poder, asegurando no una disciplina sino una regularización de la vida de este sector poblacional.

Espacio y representaciones sociales

El encierro es entendido en esta investigación como una construcción sociocultural y un alejamiento socioespacial, por lo que la importancia de analizar el espacio resulta una manera de entender el contexto social en donde se llevan a cabo la interacción y prácticas; además, por la importancia dada al enfoque espacial que condensa las especificidades y elementos determinantes del confinamiento institucional. Por el otro lado, tomar como segundo eje teórico a las representaciones sociales permite traer a colación las distintas maneras de interiorizar y exteriorizar dicho encierro, significándolo en distintos niveles de acuerdo a las experiencias adquiridas en el contexto institucional.

Para ello, es necesario llevar a cabo una discusión dialéctica del encierro resaltando que al igual que el pensamiento bourdieuiano no se pretende hacer una dicotomía (a manera de separación) entre lo social y lo individual (o lo estructurante y lo estructurado), sino más bien entenderlas en términos relacionales donde ambas son perspectivas de la realidad. Por tanto, la dialéctica del encierro que tiene que ver con una situación social que condiciona y es condicionada y con representaciones sociales como normativas y des-estructurantes, son procesos que se complementan y no se distancian.

Hablar de encierro es hacer alusión a un conjunto de disposiciones internas o *habitus*⁵ de encierro que permiten organizarlo y

5. Bourdieu utiliza el concepto de *habitus* para relacionar dos modos de existencia de lo social, es decir, lo objetivo (la posición en la estructura social) y lo subjetivo (la interiorización de ese mundo objetivo). Así, el autor lo entiende como: “sistema de disposiciones en vista de la

reproducirlo de tal manera que estructura no solo un espacio sino también un conjunto de prácticas, cuerpos y percepciones. Sin embargo, los actores son capaces de generar construcciones simbólicas que logran reconfigurarlo, por lo que pensar en las representaciones sociales como una manera tanto de normar la vida de encierro como de matizarlo es parte fundamental de esta discusión.

En primer lugar, se aborda el concepto espacio social (Bourdieu, 1997) y las categorías construidas encierro *institucional* y encierro *vivido*⁶ junto con la noción de *habitus institucional* y el papel que juegan los capitales culturales en el campo, con la intención de complementar la definición de dichas categorías. Posteriormente se expondrán algunas características teóricas de las representaciones sociales y su doble funcionalidad que permite fortalecer discursos y prácticas institucionales reproduciendo estructuras pero también pueden ser reinterpretadas de acuerdo al tipo de sujeto que hace uso de ellas, además de explicar la diferencia que existe entre ellas y el *habitus*.

práctica, constituye el fundamento objetivo de conductas regulares y, por lo mismo, de la regularidad de las conductas. Y podemos prever las prácticas [...] precisamente porque el *habitus* es aquello que hace que los agentes dotados del mismo se comporten de cierta manera en ciertas circunstancias" (Bourdieu, 1997: 40). De tal manera, la construcción *habitus* de encierro es operativa para este estudio.

6. La categoría encierro *vivido* refiere a la manera triangulada en cómo Henri Lefebvre concibe al espacio, esto es a partir del espacio concebido (representación dominante), el espacio percibido (práctica) y el espacio vivido (espacio de representación).

Del espacio institucionalizado al encierro vivido

Analizar la institución Gabriel Pastor como un espacio social, de acuerdo a Pierre Bourdieu, permite entenderla como una red de relaciones objetivas entre sus internos que ocupan posiciones diferenciadas socialmente (Bourdieu, 1994) de acuerdo a ciertas características o cualidades socioculturales (capitales) y con una estructura social interiorizada (*habitus*) y exteriorizada materialmente (campo). Ya que a pesar de que los internos ingresan a este tipo de espacios institucionalizados, lo hacen llevando consigo ciertos elementos o capitales, sociales, económicos y simbólicos, que han adquirido durante su vida en el exterior y que influirán en el posicionamiento que ocupen al interior de la institución. De igual manera, las relaciones con el resto de actores —ya sean otros internos, personal administrativo o el que está a cargo de la atención y cuidado de los mismos— en dicho espacio social estarán influenciadas por esos mismos capitales, pero además por la manera en que se haga uso de la interiorización de la estructura social y del manejo de ese *habitus* en el campo social.

Algunos autores refieren a los espacios de encierro con una característica totalizadora que poseen las instituciones, en ese sentido Goffman afirma que “la tendencia absorbente y totalizadora está simbolizada por los obstáculos que se oponen a la interacción social con el exterior... y que suelen adquirir forma material: puertas cerradas, altos muros, alambre de púa, acantilados, ríos, bosques o pantanos” (2001: 18). Para Foucault, las instituciones de encierro nombrados como mecanismos autónomos de control son entendidos como un:

[...] espacio cerrado, recortado, vigilado en todos sus puntos, en que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que el trabajo ininterrumpido de escritura une al centro y a la periferia, en el que el poder se ejerce por entero de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado, distribuido entre los unos, los enfermos y los muertos (1976: 201).

Pero además, el encierro “carga con un campo ideológico que la propia institución sustenta y reanima. En este espacio se desarrolla la vida psíquica de un individuo” (Hernández y Sarquis, 2009: 58) donde la vida del interno se limita a lo que oferta la institución, pero que también permite cierta agencia por parte de los internos, donde si bien se limitan a la estructura de la institución, es decir al *habitus* institucional, también pueden echar mano de las disposiciones duraderas que establece la institución, logrando el manejo de dichas disposiciones a su conveniencia e intereses.

Por lo que construyendo una definición operativa para esta investigación, se entenderán a los *espacios de encierro* como: espacios especializados de aislamiento y restricción social y espacial, los cuales generan un mecanismo autónomo para ejercer un control en sus actores y actividades llevadas a cabo en su interior. Esto es logrado a partir de la disciplina impartida por el personal a cargo que regula espacial y temporalmente la vida de encierro reflejada, en mayor o menor medida, en un cuerpo institucionalizado que ha interiorizado el sistema de disposiciones de encierro (*habitus institucional*).

Para poder abordar un espacio de encierro deben tomarse en cuenta dos puntos de vista que construyen una noción de encierro más compleja y total pero también en tensión debido a los procesos adaptativos y de resistencia por parte de los internos, por lo que se contemplará un encierro *institucional*, que es el impuesto desde el personal de la institución, y un encierro *vivido* que hace alusión al experimentado por los residentes.

El encierro institucional es construido desde la mirada y el discurso hegemónico de una institución social y también por el Estado, quienes han creado con aspectos físicos y simbólicos un tipo de espacio de encierro que responde a sus requisitos y objetivos como establecimiento social. Ejemplo de ello son los objetos simbólicos y dispositivos de encierro que lo exaltan como las rejas en el exterior y la gran cantidad de puertas que se encuentran por todas partes dividiendo cada microespacio, con la finalidad de aislar a los residentes tanto del exterior como de otros internos. El encierro institucional es percibido como un espacio más regulado, disciplinado y con normas que deben acatarse, como un espacio administrado por expertos (o personal a cargo), es visto como un acuerdo social y que para el caso de la FGP representa una institución de beneficencia privada, lo cual le brinda un tipo de especificidades que la diferencia de otras instituciones de encierro institucionalizado (como una cárcel, un hospital o manicomio).

En este sentido, el encierro institucional es objetivado en el cuerpo a través del *habitus*

de encierro. Pero el *habitus* no puede ser entendido sin el campo social ya que el primero es la “interiorización de la exteriorización”, mientras que el segundo se entiende como la “exteriorización de la interiorización”, es decir que a través de la objetivación del *habitus* mostrado en el campo se podrá reflejar un encierro corporizado, practicado y vivido. Por ello afirmamos que ese sistema de disposiciones que regula conductas y prácticas se objetiva en el espacio, el tiempo, las prácticas y el cuerpo.⁷ El espacio se vuelve configurador en estas cuatro maneras de objetivar el *habitus*, es decir, con el uso de lugares a determinadas horas que pretenden concentrar a los residentes en determinadas áreas como los dormitorios para no perderlos de vista. Para el caso del tiempo se involucran prácticas que deben ser seguidas de acuerdo al horario establecido y a un tiempo regulado en el cual los residentes siguen una orden, por ejemplo para entrar al comedor con el sonido de una campana. En las prácticas se objetivan las disposiciones durables a través de restricciones o medidas de control más sutiles como las salidas de la institución, por un lado, pero también con el olvido de rutinas personales anteriores para seguir las reglas colectivas. En el cuerpo se hace visible el *habitus institucional* mediante el deterioro, la dependencia y la enfermedad, reduciendo de sujetos residentes a solo cuerpos transportados y cuidados objetivado con el uso de la silla de ruedas. Estos ejemplos hacen alusión a un encierro institucional que, por

un lado, se vuelve un espacio que configura estados físicos deteriorando el cuerpo de un residente, pero también condicionando comportamientos a través de un cuerpo socializado en una práctica de disciplina.

Por otro lado, en el encierro vivido se destaca el punto de vista de los adultos mayores que experimentan dicha situación de aislamiento que puede diferir en gran medida del encierro institucionalizado que construye la institución con discursos y prácticas desde su lógica. Analizar esta forma de experimentar el encierro es de gran riqueza debido a que en él se pueden observar los niveles adaptativos en los que se encuentran los internos llegando a ser visibles elementos que intervienen como el tiempo de permanencia en la institución, la ubicación del sujeto dentro de la organización social, los capitales económicos, culturales y sociales que poseen, entre otros factores que regulan o construyen un tipo de encierro vivido. Es decir, el encierro que puede vivir un adulto mayor con dependencia corporal, en condiciones más austeras y sin visitas familiares será muy diferente del encierro experimentado por otro adulto mayor que aún tenga la capacidad corporal de valerse por sí solo, alojado en los dormitorios de “distinción” con mejores condiciones ambientales y con la posibilidad de salir ocasionalmente de la institución ya sea con familiares, amigos o por cuenta propia. Otro punto importante en este tipo de encierro vivido tienen que ver con las resistencias que también forman parte de un espacio practicado y experimentado, con ello se hace referencia a las distintas maneras de apropiar y manipular el confinamiento, ya sea con prácticas, recorridos, desobediencias y hasta con el no-uso de determinados emplazamientos.

7. Para el caso del cuerpo, Eduardo Galak (2011) explica como para Bourdieu el cuerpo es presentado como el nexo entre lo individual y lo colectivo, entre el sujeto y el campo, ya que al cuerpo lo considera como punto medio que objetiva el *habitus* y el campo social.

tos; de tal manera que para el encierro vivido resulta básico analizar lo más subjetivo en el espacio social. Así, el encierro no solo es corporizado —determinando comportamientos y maneras de pensar sino que también puede ser condicionado y reinterpretado.

El encierro colectivo se individualiza a través de las vivencias personales y las circunstancias bio-sociales de cada sujeto, en donde los capitales culturales juegan una parte esencial en dicha subjetivación, ya que como afirma Bourdieu, la visión que cada persona elabora sobre la realidad social deriva de su posición en el espacio social en conjunto de sus capitales culturales.⁸ Así, el

8. Cabe mencionar que, para el caso de una institución social para adultos mayores, al ingresar a esta los capitales culturales no siempre se pierden (no completamente) pese al alejamiento social, sino que se reconfiguran a menor escala en un espacio de encierro y en una comunidad institucional; por ello los capitales siguen formando parte importante en el encierro y en la manera como el sujeto se posicionará y adaptará al espacio social. Sin embargo, dichos capitales no son únicamente traídos del exterior como los económicos (para el pago mensual), los simbólicos (como el prestigio que genera una profesión), los culturales (modo de vestirse y comportarse) y algunos sociales (como las relaciones familiares), sino que también pueden ser generados en el interior del encierro como las relaciones de amistad y afectivas que la convivencia en el encierro puede ocasionar (hacerse amigas o el noviazgo). Los capitales culturales se vuelven a su vez referentes de las representaciones sociales que cada sujeto construye de acuerdo a lo que conoce, posee y experimenta en su contexto social, por lo que mediante esas representaciones sociales los sujetos seniles se convierten en actores del espacio social reinterpretando su encierro y practicándolo no solo como la institución les dice sino de

encierro no solo condiciona al sujeto institucional sino que también es configurado individualmente por los adultos mayores y sus elementos biográficos.

Representaciones socioespaciales del encierro

Dice Moscovici que “las representaciones sociales son entidades casi tangibles. Circulan, se cruzan y se cristalizan sin cesar en nuestro universo cotidiano a través de una palabra, un gesto, un encuentro” (1979: 27). Son “imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permite interpretar lo que no sucede, e incluso, dar un sentido a lo inesperado; categorías que sirven para clasificar circunstancias, los fenómenos y a los individuos con quienes tenemos algo que ver; teorías que permiten establecer hechos sobre ellos” (Jodelet, 1986: 472).

En este sentido, las representaciones sociales se vuelven un conjunto de ideas, normas y prácticas con una función doble; primero, la de establecer un orden que les permita a los individuos orientarse en su mundo social y lograr dominarlo, y segundo, la de facilitar la comunicación entre los miembros de la comunidad, proporcionándoles un código para nombrar y clasificar los diversos aspectos de su mundo y su historia individual y grupal (Farr, 1983: 655 en Mora, 2002: acuerdo a sus necesidades e intereses sociales, demostrando que el encierro no solo los puede determinar sino que ellos, como actores residentes, también logran condicionarlo mediante una apropiación de un espacio vivido con ayuda de las representaciones socioespaciales que se ven involucradas y que a continuación se explicarán en detalle.

7). Es importante esclarecer que las representaciones sociales se sitúan en el punto intermedio entre lo psicológico y lo social. El conocimiento que socialmente se construye denominado como “sentido común” parte de las experiencias del sujeto pero también, “de las informaciones, conocimientos, y modelos de pensamientos que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social” (Jodelet, 1986: 473).

De esta manera, es posible dar una primera definición de cómo se entenderán las representaciones sociales en el encierro institucional, entendidas como: un sistema de referencias condensadas en un *habitus*—tanto valores, ideas y prácticas— que forman un conocimiento social traducido en maneras visibles como comportamientos, imágenes, gestos, modos de expresión verbalmente, formas de relacionarse con otros individuos y con el entorno, incluso maneras de no hacer, etcétera, en fin, cualquier proceder que revele una interpretación sobre lo vivido en la experiencia cotidiana y que es compartido por los miembros de una comunidad o espacio social a fin.

El encierro institucional configura en sus internos una manera de cómo entienden e interpretan la realidad cotidiana, y es mediante símbolos como construyen socialmente representaciones del encierro. Así mismo, las representaciones sociales mantienen un lazo directo con el comportamiento de los sujetos, ya que estas influyen en la manera de actuar o reaccionar ante determinada situación y o contexto, es decir, es una especie de “preparación para la acción” pero que no solo funciona como una guía del comportamiento, sino que “remodela y reconstruye los elementos del medio en el que el com-

portamiento debe tener lugar (Moscovici, 1979: 32), otorgándole un sentido a la acción. Las representaciones sociales permiten “la producción de comportamientos y de relaciones con el medio, es una acción que modifica a ambos y no una reproducción de estos comportamientos o de estas relaciones, ni una reacción a un estímulo exterior dado” (*Ibid.*: 33).

A partir de la condición social del aislamiento y la manera de construir esa realidad convirtiéndose en su vida cotidiana, los internos generan *representaciones socioespaciales del encierro*, esto es: un aislamiento espacial y físico e igualmente un alejamiento social acompañado del abandono. Dichas representaciones socioespaciales producen un comportamiento con cierto significado que se encuentra alojado en esas construcciones mentales del exterior. Esos comportamientos determinarán la relación con su contexto social y de esta manera se hace presente la manipulación del sistema de disposiciones institucionales lo cual permite distintas actitudes y conductas en un espacio de encierro o cualquier tipo de espacio social.

Sin embargo, al hablar de representaciones sociales y de *habitus* puede surgir cierta confusión debido a la similitud conceptual en la que se encuentran inmersas dichas nociones, por ello se vuelve necesario situar ambos conceptos en niveles disímiles que ayuden al lector a distinguir y posicionar estas dos formas de conocimiento que tampoco llegan a contraponerse. Cuando se habla de *habitus institucional* debe entenderse como una “estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción... es también una estructura estructurada” (Bourdieu, 1988: 170-171). Mientras que las representaciones

sociales son una forma de pensamiento social que surge en un contexto de intercambios cotidianos convirtiéndose en un conocimiento de sentido común. Es decir, el *habitus* es una estructura macro, un conjunto de disposiciones durables (más estructuradas) que interioriza un sujeto como parte de una colectividad, pero que además incorpora y permite la construcción de representaciones como una forma de conocimiento referencial.

Así, las representaciones sociales son una forma de pensamiento social anclado a un determinado *habitus*, el cual permite enmarcar un contexto social, económico y cultural en el sujeto, para servir como un referente generador de representaciones sociales. Es decir, un *habitus institucional* tiene la facultad de construir en el residente determinadas representaciones de su realidad que permitan significar su encierro. Por lo que las representaciones se diferencian del *habitus* debido a que son una manera de interpretación de la realidad y de este último. Con lo anterior, podemos entenderlas además como estrategias o mecanismos de agenciamiento para salir, momentáneamente, de la estructura y del *habitus institucional*.

El *habitus institucional* es ese sistema de esquemas sociales que permiten referentes colectivos más estructurantes; mientras que las representaciones, si bien no dejan de ser sociales surgiendo y siendo compartidas en un determinado grupo, también pueden presentar una dinámica individual, reflejando la diversidad de los sujetos y la pluralidad de sus construcciones simbólicas. Ya Moscovici apuntaba que las representaciones poseen un carácter heterogéneo, plural y diverso entre los miembros de un grupo social a pesar de

que el contexto en el que son construidas sea similar. De esta manera, las representaciones socioespaciales varían entre sus residentes a pesar de haber incorporado la misma estructura estructurante de la institución, por lo que no existe una representación universal del encierro y de ello se hablará a continuación.

Como ya se explicó en líneas arriba, tanto las representaciones sociales institucionalizadas como las objetivadas, logran reunir y confrontar distintas maneras de representar el encierro, de acuerdo al punto de vista del actor productor de estas construcciones simbólicas, las cuales se explicarán a continuación. Las *representaciones sociales institucionalizadas* son las construcciones elaboradas simbólicamente sobre el encierro a partir desde la ideología de la institución social. Dichas representaciones creadas desde “arriba”, ya sea por los empleados o los directivos, responden a los requerimientos que la institución pretende exaltar, tal es el caso de la institución Gabriel Pastor que funge como un asilo pero que en el discurso público e institucional se expresa de sí misma como una “casa hogar para ancianos desvalidos”⁹

Concebir un asilo con la categoría de “casa-hogar” genera una representación de este tipo de espacio de encierro como un lugar en el que se pretende mimetizar el encierro y dotar de significados más tenues y familiares del abandono y estancias de los adultos mayores en estas instituciones. En ese mismo sentido, también es importante resaltar que no solo se generan representaciones sociales de la institución social, sino también sobre los sujetos en cuestión: los ancianos. Dentro

9. Dato obtenido de la página web de la institución Gabriel Pastor.

de políticas públicas y las transformaciones que tanto el Estado como las instituciones encargadas de estos sujetos sociales —vistos como un grupo vulnerable— han ido modificando las representaciones sociales de estos a partir del uso de diferentes calificativos para nombrarlos, pasando de ancianos, a personas de la tercera edad o adultos mayores.

Las *representaciones sociales objetivadas* son re-construidas a partir de lo que la institución social construye y produce para dotar de una imagen al espacio social en el que se encuentran insertos un grupo de individuos. Dice Moscovici que “representar una cosa, un estado, no es simplemente desdoblarlo, repetirlo o reproducirlo, es reconstruirlo, retocarlo y cambiarle el texto” (1979: 39). Por lo que, las representaciones objetivadas serán entendidas como las elaboradas simbólicamente por los residentes de la institución, quienes experimentan y habitan el encierro vivido y logran jugar con las representaciones sociales institucionalizadas, así los residentes pueden simbolizar una situación social, un espacio, un sentimiento o una forma de vida, pues de esta manera, constituye el proceso por el cual el individuo establece su relación con el espacio de encierro.

La complejidad del espacio de encierro y sus representaciones sociales

A partir de entender una institución social como un espacio social permite entretejer tanto el concepto de espacio como el de representaciones sociales, influyendo uno en el otro, mediante el *habitus* y el campo. Lo anterior se explica de la siguiente manera. Tanto la “interiorización de la exteriorización” con el *habitus* se puede ver reflejado en

las representaciones sociales que construyen los internos, ya que las representaciones de su realidad de encierro se interioriza a partir de sus interacciones, de lo que viven y experimentan en el espacio; y, por otro lado, la “exteriorización de la interiorización” que se manifiesta en el campo se expone de igual manera en el espacio mediante prácticas, actividades rutinarias, ciertas conductas y en sus discursos sobre el encierro. Dicho en otras palabras, el *habitus* institucional produce una disciplina interiorizada que es exteriorizada en el espacio social con un cuerpo institucionalizado, pues uno de los elementos que permiten que el encierro se interiorice mediante el control y regulación de todo aspecto cotidiano.

Las representaciones sociales del encierro intervienen en la construcción social de la realidad, a partir de las experiencias y el conocimiento que como sujetos institucionalizados van adquiriendo con la permanencia en la institución. Por lo que los residentes van incluyendo e interiorizando acontecimientos de la vida diaria, características de dicho contexto de encierro que genera cierto impacto en sus inconscientes y también a los otros internos, al personal y demás individuos con las que se relacionan. En este sentido, es importante tener en cuenta que “toda representación social es representación de algo y de alguien” (Jodelet, 1986: 475), ya que como se ha mencionado, tanto los diferentes capitales que posee cada residente como elementos determinantes tales como el género, la edad, el posicionamiento en la organización espacial, las relaciones con individuos del exterior, la situación corpórea y de salud y su condición económica influirán para contextualizar el tipo de

representación particular que se construye del encierro institucional. La elaboración de representaciones sociales objetivadas origina diferentes cuerpos: dependiente, enfermos, en resistencia, en formación, instruidos, refugiados, abandonados, aislados, castigados, cuidados y cuerpos productores, generando diferentes formas y nociones de encierro, mediados por las dimensiones de la disciplina que cada institución social forja.

A manera de conclusión: interaccionismo simbólico espacializado

Como se explicó en líneas anteriores, el enfoque por el que se ha optado para el estudio del encierro en instituciones sociales, es mediante el interaccionismo simbólico¹⁰ espacializado. Este enfoque permitió abordar las representaciones sociales del encierro con una perspectiva de espacio, debido al interés de estudiar y ver a una institución social como un encierro socioespacial que es materializado en el cuerpo del interno y en sus prácticas cotidianas. De esta manera, los sujetos de la institución interiorizan y exteriorizan símbolos y significados que influyen en su interacción social, formando una red

10. La corriente del interaccionismo simbólico, bautizada con este nombre en 1938, surge en el marco de la Escuela de Chicago en oposición a las investigaciones positivistas empíricas que predominaban en Estados Unidos durante el primer tercio del siglo xx. Dicha corriente tiene sus raíces históricas en el pragmatismo (por la importancia a la acción de los sujetos en los procesos de construcción de existencias reales) y el conductismo (por las conductas empíricamente observables de los individuos). Sin embargo, el interaccionismo simbólico, de la mano de George Herbert Mead, se insertó en el denominado conductismo social, que pone mayor peso en el contexto social en el que los seres humanos desarrollan sus conductas cotidianas. Rizo García, Marta (2011).

de relaciones posicionadas en dicho encierro. Por lo que, echar mano del interaccionismo simbólico permite centrar la atención en el contexto social donde los actores desarrollan sus conductas cotidianas mediante acciones que forman parte de los procesos de construcción y re-construcción del encierro.

Así, abordar un espacio de encierro enmarca su particularidad socioespacial expresado, en primer lugar, en un alejamiento social y espacial; y en segundo, como un medio de objetivación de lo institucional reflejado en el cuerpo y en una regulación en su forma de vida. Por otro lado, trabajar representaciones sociales implica abordar subjetividades, así lo que interesa de las representaciones socioespaciales son los significados y descodificaciones, por lo que tanto el símbolo (ya sea visual o verbal) como su interpretación serán primordiales para entender su influencia en los comportamientos y relaciones sociales entre los internos de la institución.

Para este enfoque se parte de los principios que articulan el conocimiento con la interacción social, afirmando que un sujeto construye un tipo de conocimiento, o una representación social en este caso, modelado por la experiencia adquirida, aprendiendo símbolos y significados de esa realidad social permitiendo ejercer una serie de pensamientos que pueden llegar a ser modificados o alterados de acuerdo a la interpretación atribuida por cada sujeto.

Con lo ya abordado en este capítulo se ha mostrado una propuesta de modelo de análisis para el estudio del encierro desde un enfoque interaccionista simbólico-espacializado con la intención de analizar el sentido de la acción social desde la perspectiva de los actores, lo que conlleva a un conjunto de repre-

sentaciones socioespaciales del encierro. Por lo que, significar el encierro es un producto de la interacción con el resto de los internos y personal como de su experiencia con el espacio social, sin olvidar que el conjunto de factores sociales, culturales, económicos, religiosos, psicosociales, biológicos y emocionales que posee cada sujeto determinan tanto la interacción como el conocimiento experiencial.

El modelo teórico-analítico de este estudio enlaza los conceptos principales –espacio y representaciones sociales- que permiten generar categorías para analizar de forma específica la realidad de esta unidad empírica, tomando en cuenta la característica de encierro. Se menciona una y otra vez la trascendencia del confinamiento debido a que es el elemento que dota de especificidad tanto al espacio como a la realidad social vivida en la institución. Y mediante el cruce de las categorías como *espacio de encierro* y *representaciones socioespaciales* o *encierro vivido* y *representaciones del encierro* permitirán analizar las influencias que ejerce una sobre la otra y viceversa, además de mostrar las construcciones prácticas y simbólicas que la comunidad senil puede llegar a conformar a partir de la interiorización que haga de “su encierro”.

Por último, la dialéctica del encierro ha permitido desarrollar elementos que tanto estructuran como reconfiguran al espacio social, así hablar de un *habitus institucional* y las maneras en que se objetiva pueden conectarlo con el espacio, el tiempo, las prácticas y el cuerpo, sin olvidar la estrecha relación que guarda con las representaciones sociales. De esta manera se puede encontrar en estas últimas una riqueza tanto para ex-

ternan una ideología como al propio *habitus institucional* estructurando comportamientos para producir tácticas contestatarias de la institucionalización y reinterpretar el encierro. Así, el *habitus* se logra objetivar en el cuerpo del interno mediante disposiciones que producen determinados comportamientos, pero además en un tipo de cuerpo que se espera muy particularmente de los sujetos seniles.



Foto 1 y 2. Elaboración propia, 2014.

La vida institucional. Desde la fachada hasta su interior se hacen notorios los amplios espacios y grandes puertas que parecieran tiene la intención de achicar a sus actores. Del lado izquierdo se muestra la entrada principal de la institución con una larga rampa que facilita el ascenso y descenso de los adultos mayores ya sea caminando o en silla de ruedas. Del lado derecho se capturó a los residentes en la sala principal durante la celebración del día del padre mientras disfrutaban bailables preparados para ellos por el grupo de Damas Voluntarias.



Foto 3. Elaboración propia, 2015.

Desde afuera. Se muestra el exterior de la institución resaltando la gran reja que rodea toda la construcción pero que además permite miradas de personas extrañas, aludiendo un tipo de transparencia que conecta el adentro con el afuera y facilita la visibilidad desde ambas perspectivas. La transparencia del encierro responde a dos propósitos principales: del cuidado y la asistencia; y al tipo de actores sociales que resguarda en quienes no se aplica ningún tipo de castigo o condena.

Bibliografía

- Batthyány, K. y Cabrera, M. (Coords.) (2011). Metodología de la investigación en Ciencias Sociales. Apuntes para un curso inicial, Capítulo IX. Los métodos en las Ciencias Sociales. Abordaje cuantitativo y cualitativo de la investigación. Uruguay: Universidad de la República. Pp. 75-84.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu. [1986].
- Blumer, H. (1982). *El Interaccionismo simbólico, perspectiva y método*. Barcelona: Hora D.L.
- Bourdieu, P. (1994). *El sentido práctico*. Siglo España: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1997). "Capital cultural, escuela y espacio social". España: Siglo XXI.
- Cruces, F., Díaz, A., Velasco, H., Fernández, R., Jiménez C., Sánchez, R. (2003). "¿Confianza, cosmética o sospecha? Una etnografía multisituada de las relaciones entre instituciones y usuarios en seis sistemas expertos en España", en *Alteridades*, vol. 13, núm. 25, pp. 77-90.
- Diéguez, A. J. y De los Reyes, M. C. (1999). "Institucionalización del anciano y cuidadores familiares" en *XIV Congreso Argentino de Logoterapia. Hacia un envejecimiento con sentido*, Argentina.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Trigésima quinta edición en español 2008. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1981). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Argentina: FCE.
- Galak, E. (2011). "Con Bourdieu y contra Bourdieu. Reflexiones sobre la relación *habitus* y cuerpo". En Victoria D'hers y Aduardo Galak (Compiladores) *Estudios sociales sobre el cuerpo: prácticas, saberes, discursos en perspectiva*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. pp. 38-56.
- Goffman, E. (2001). *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Trad. María Antonia Oyuela de Grant. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hernández, R. y Sarquis, E. (2009). "El encierro institucionalizado", en *Revista electrónica de psicología Iztacala*, Vol. 12, No. 1, marzo. México: UNAM.
- Jodelet, D. (1986). "La representación social: fenómenos, conceptos y teoría" en Serge Moscovici *Psicología Social II*. Barcelona: Paidós.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Traducción de Emilio Martínez Gutiérrez. España: Capitán Swing.
- Licona, E. (Coord.) (2010), *Espacio carcelario. Etnografías de la reclusión en México*. México: BUAP /FFyL.
- Mora, H. (2010). "El método etnográfico: origen y fundamentos de una aproximación multitécnica", *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, vol. 11, núm. 2.
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Buenos Aires: Anesa-Huemul.
- Paz, C. (2010). "El encierro: ¿protección o mutilación del ser humano?", en *Revista Casa del Tiempo*, Vol. III, Época IV, Núm. 31, mayo. México: UAM.